

**VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín;
OLÁBARRI, Ignacio y CASPISTEGUI,
Francisco Javier (eds.).**

*V Conversaciones Internacionales de Historia:
Para comprender el cambio social. Enfoques
teóricos y perspectivas historiográficas.*
Pamplona, Eunsa, 1997.

Las Conversaciones Internacionales de Historia, organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, han adquirido por derecho propio un lugar de excelencia en el panorama historiográfico español. Su atención a temas de la historia realmente importantes, preferentemente referidos a aspectos conceptuales y metodológicos, y la pluralidad de enfoques y hasta de tendencias, con representantes cualificados de las mismas tanto nacionales como extranjeros, que han sabido agrupar en su seno, le confieren ese lugar de privilegio y la consiguiente consideración de los historiadores en nuestro país. En esta ocasión y tras las anteriores conversaciones centradas en el método histórico, las individualidades en la Historia, la historiografía en Occidente desde 1945 y un balance de la historiografía sobre Iberoamérica, el tema propuesto fue la comprensión del cambio social, sin duda uno de los principales retos de la historia como disciplina social y científica y para no pocos el verdadero "leif motiv" de la misma. Un tema, además, que independientemente de su relevancia para el estudio del pasado, tiene un evidente interés de cara a comprender el desencadenamiento y las consecuencias de los profundos cambios sociales que actualmente están en marcha, haciendo de la historia un puente —de doble sentido— entre el ayer y el hoy.

El volumen se abre con la intervención inaugural de Charles Morazé, codirector de *Annales*, en la que se pone de relieve el espectacular avance de las ciencias exactas y experimentales desde el siglo XVI y su contribución al proceso de industrialización, lo que llevaría a Europa a liderar el mundo en el siglo XIX. Las cuatro primeras ponencias constituyen el marco de las aportaciones teóricas para la explicación del cambio social desde los diversos puntos de vista de especialistas en ciencias sociales. El filósofo Rafael Alvira justifica el derecho de la filosofía a tratar el cambio social; Pierpaolo Donati, desde una vertiente sociológica, afirma que el concepto de "cambio social" tiene distinto sentido para los historiadores y para los sociólogos, diferencia que se sustenta en el método empleado por unos y otros. Para la sociología, el cambio social consiste en una emergencia de realidades sociales cuyo motor son los sujetos (individuos o colectivos) que están interrelacionados en un contexto determinado. Lisón Tolosana, formado en la escuela antropológica de Evans Pritchard, explica el interés de la antropología por este tema y la necesidad de encajar sus investigaciones en el contexto de lo histórico. Por su parte, Jörn Rüsen, especialista en teoría de la historia, parte de la idea de que toda actividad humana produce cambio y sostiene que es la conciencia histórica la que presenta la experiencia del cambio acumulada en los archivos de la memoria, si bien, matiza, el concepto de cambio ha ido variando de acuerdo con el concepto de historia.

En una segunda parte se exponen algunos de los factores que producen el cambio en la historia. Trygve R. Tholfsen analiza de qué manera influyen las ideas en la diná-

mica de la historia, recordando de paso cómo este fundamental factor fue marginado durante mucho tiempo por la inclinación a privilegiar las fuerzas sociales y estructurales. Sánchez Ron mantiene que la ciencia, la tecnología y la sociedad se compenetraron mutuamente y estudia la repercusión de algunos avances científico-tecnológicos en el devenir social. José Orlandis se refiere a las relaciones entre la religión y el cambio social, aunque delimita el tema al caso significativo del Cristianismo en los primeros siglos y las transformaciones sociales que operó mediante la formulación y popularización de unos determinados principios doctrinales. Juan Pablo Fusi explica cómo el crecimiento de la estructura organizativa y de la función política y social del Estado en los siglos XIX y XX es uno de los rasgos dominantes de la historia política e institucional. El poder político acabó por ser determinante en el cambio social, si bien, como Fusi señala, en ningún momento la política ha conseguido configurar y encuadrar toda la vida social. André Corvisier abordó el influjo de la guerra en el cambio social; para él la guerra no ha sido la causa de grandes transformaciones sociales, aunque ha contribuido a acelerar y en algunos casos a dar nueva orientación a transformaciones sociales ya iniciadas. William H. McNeill expone, de acuerdo con la tesis difusionista, cómo se transmitieron los cambios entre centros y culturas. El influjo de la economía en el cambio fue el objeto de la intervención de Peter Mathias, evaluando las interconexiones entre lo social y lo económico. Jacques Dupâquier analiza la influencia de los comportamientos demográficos y cómo estos —tal y como estamos viendo en la actualidad— aparecen como reveladores del cambio social. Por último, José Andrés Gallego centró su exposición en la incidencia del derecho en el cambio social.

La tercera parte de las Conversaciones trató de los protagonistas y las formas del cambio social. Antonio Morales Moya considera que no es posible seguir la influencia real de los diversos agentes del cambio

sin encuadrarlos en una teoría del cambio social, teoría que, según él, puede formularse a partir del paradigma weberiano de la acción social. Aborda también el papel de los agentes de la historia, los protagonistas del cambio social: las masas, el pueblo, las clases sociales y los movimientos sociales. Establece las diferencias en la actuación de unos y otros y afirma la libertad de acción de los individuos pese a la presión de las estructuras y de otras instancias sociales. Mención especial merecen para el profesor Morales Moya las élites por su eficaz contribución a la acción histórica, revelándose decisiva su aportación a los procesos sociales. Craig Calhoun analiza los diversos tipos de nacionalismos y la repercusión de sus diferentes formulaciones en el cambio social. Según él, el nacionalismo es uno de los ejemplos más específicos y básicos de cambio social. Por último, Marc Ferro nos presenta un ejemplo de cambio resultante de la progresiva autonomía de los comportamientos sociales con respecto al poder político: los acontecimientos en la antigua URSS.

El volumen se cierra con unas interesantísimas conclusiones debidas a Vázquez de Prada y Olábarri en las que además de sintetizar magníficamente el conjunto de las aportaciones y reflexiones vertidas por los diferentes conferenciantes, exponiendo así la obligación de una aproximación interdisciplinar y abierta al cambio social y la dificultad de aprehender en su totalidad este complejo objeto histórico, realizan un recorrido por la evolución que la disciplina histórica ha sufrido en las últimas décadas y acotan lo que podría entenderse como paradigma de la nueva historia, un paradigma sin duda complejo y, como ellos mismos señalan, basado en una multiplicidad de postulados que el historiador no debe echar en saco roto. Un corolario magnífico, pues, para un libro que no tiene desperdicio y que ha sabido plantear uno de los temas más relevantes y apasionantes de la historia.

Francisco de Luis Martín.

OLÁBARRI, Ignacio y CASPISTEGUI, Francisco Javier (dirs.)

La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad.

Madrid, Ed. Complutense, 1996.

Afirman los profesores Olábarri y Caspistegui en la Introducción a este interesante volumen que, frente a la hegemonía de la historia económica y demográfica en los años cincuenta y de la historia social en los sesenta y setenta, durante los últimos quince años la historia cultural —en el sentido más amplio del término— se ha convertido en el territorio, si no más cultivado, sí más influyente en nuestra disciplina. Ahora bien, el marbete de historia cultural esconde bajo sus pliegues distintas concepciones y metodologías de estudio, de manera que resulta imprescindible aclarar primero qué se entiende por historia cultural o de qué historia cultural hablamos para situarnos correctamente sobre el terreno historiográfico que pisamos. Porque incluso la llamada "nueva historia cultural" —bautizada así por Lynn Hunt en 1989— presenta enfoques y desarrollos diversos, según que sus oficianes reparen más en los postulados del llamado "giro lingüístico" o en las convenciones de la antropología cultural o, por citar otra línea de su práctica historiográfica, en los planteamientos tan originales como discutidos de un Hayden W. White o de un Dominick LaCapra, por ejemplo. Incluso hay quienes mezclan algunas de estas fórmulas u otras más, procurando así una más que notable pluralidad teórica y metodológica. Para muchos historiadores, entre los que se encuentran los directores de este libro, independientemente de los distintos sesgos que pueda presentar la historia cultural hoy —y que muy bien podría sopesarse en términos de vitalidad y de apertura de horizontes—, parecen poder desprenderse algunas características comunes a las nuevas líneas de investigación que ha propiciado. Serían esencialmente dos: el intento de construir una "historia cultural integra-

da", esto es, la integración en un solo relato de aspectos que hasta ahora eran objeto monopolístico —y aislado— de estudio por parte de la literatura, el arte, la ciencia o la educación y el cultivo de una historia con sujeto, es decir, con hombres y mujeres —productores de cultura— que viven como agentes activos y pasivos de una época y sociedad determinadas y que, formando parte de unas agrupaciones sociales particulares, se ven condicionados por unas estructuras a las que, al mismo tiempo, pueden contribuir a modificar. De esta manera, la historia cultural se ve fecundada por lo político, lo económico, lo social, lo religioso, constituyéndose como una forma —así lo entiende, por ejemplo, Peter Burke— de historia total o, como lo entienden otros historiadores, de historia interdisciplinar.

Para tratar de aclarar y poner orden en todos estos asuntos nació el Curso de Verano de la Universidad Complutense que tuvo lugar en julio de 1994 en El Escorial y cuyas conferencias y las intervenciones iniciales de los participantes en las mesas redondas se recogen en este volumen. Roger Chartier, cuya conferencia se incluye en primer lugar, plantea un conjunto de reflexiones muy atinadas sobre la situación actual de nuestra disciplina, concluyendo que la historia es un discurso en el que intervienen construcciones, composiciones y figuras que son las de la escritura narrativa, por tanto de la ficción, pero que, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados "científicos". De esta manera, la diferencia entre la literatura y la historia parece incuestionable. Donald R. Kelley se ocupa, por su parte, de puntualizar las aportaciones y los límites del que podríamos llamar "giro cultural" en la investigación histórica, señalando que las deudas con respecto a la vieja historia cultural son más de las que aparentemente parecen. F. R. Ankersmit afirma que la verdad literaria existe en tanto que expresa verdades acerca del hombre y de la condición humana y que esas "verdades novelísticas" pueden presentarse de formas diferentes. Tras su

análisis y la oportuna comparación con la verdad en la historia, concluye que una y otra se complementan y no deben ignorarse por tanto. Lucian Hölscher profundiza en los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos y José Manuel Sánchez Ron en las relaciones ciencia e historia a través del itinerario “histórico” de la física. Peter Burke insiste en algunos de sus planteamientos más conocidos: la necesidad de la síntesis histórica, de superar las clásicas y empobrecedoras dicotomías y de cómo la historia cultural en tanto que retrato de una época donde se revelan las conexiones entre los distintos ámbitos de la misma puede devenir en historia total. Santiago Sebastián a través de una “nueva” lectura de *Las Meninas* presenta lo que llama el método emblemático, sistema de análisis estético que permite novedosas lecturas de las obras de arte y de su relación con el tiempo histórico. Historia e iconografía —es la conclusión— son dos realidades complementarias pese a la poca atención que mutuamente puedan haberse prestado en el pasado. Ignacio Olábarri traza un hilván de reflexiones muy interesante sobre la relación historia, memoria e identidad como antídoto a la amnesia, el anonimato y la orientación para el futuro. Finalmente, José Andrés Gallego repasa las estrechas conexiones entre la historia cultural y la historia religiosa. La segunda parte del volumen recoge las mesas redondas habidas, todas ellas de una riqueza de aportes que nos es imposible siquiera resumir aquí y donde intervinieron además de los conferenciantes ya mencionados otros historiadores como Jon Juaristi, Juan María Sánchez Prieto o Antonio Morales Moya. Las reflexiones de éste último sobre las formas de expresión (el habla, la escritura y el gesto), de Juaristi sobre el papel de la tradición en la historia o de Sánchez Prieto en torno a los mitos, utopías e imaginarios sociales constituyen un complemento ideal, así como la conferencia final de la profesora Zília Osorio de Castro sobre la historia cultural en Portugal, a un volumen rico y plural que, sin duda, no va

a pasar desapercibido entre los profesionales de la historia y muy especialmente entre aquéllos que, desde una u otra perspectiva, han hecho de la historia cultural el centro de su actividad investigadora.

Francisco de Luis Martín.

VV.AA.

L'histoire sociale en débat.

Paris, Université Paris X-Nanterre, 1995.

En febrero de 1993, bajo la dirección de Jacques Maurice, la Universidad de Paris X-Nanterre organizó un coloquio en el que se invitaba a reflexionar sobre el estado de la historia social en España. Producto de aquel encuentro es este libro, que recoge 16 trabajos de otros tantos especialistas en diferentes parcelas de la historia social de la España contemporánea.

Con la única excepción de la aportación de Jacques Maurice, no es esta una obra de reflexión teórica acerca de la historia social; no se trata aquí específicamente ni de su objeto ni de sus métodos, ni se analiza la variedad de adhesiones o rechazos que ha provocado, ni se discute si es —aludiendo a la afortunada expresión de Julián Casanova— “cenicienta o princesa”. Sí es, en cambio, un conjunto de trabajos de historia social: unos hacen balance y nos exponen los resultados de diversas investigaciones, otros nos proponen líneas de investigación, otros nos matizan cuestiones que gozan de mayor o menor grado de aceptación unánime, y otros, finalmente, reclaman el establecimiento de relaciones estrechas entre historia social y “otras historias”.

La mitad de los trabajos incluidos en el libro tratan del movimiento obrero o, dicho con mayor precisión, de la clase obrera. Así, Gerard Brey hace balance y plantea perspectivas para una historia de los socorros mutuos, pero una historia de los socorros mutuos que los considere como objeto de estudio en sí mismos y no como origen del movimiento

obrero en España; Manuel Morales plantea la hipótesis de que ni el proceso de separación republicano-obrerismo fue lineal ni el discurso apolitizante encontró el mismo eco en todos los lugares de España, matizando, de este modo, la supuesta ruptura entre ambos movimientos a partir del "68"; Manuel Marín estudia las actitudes políticas de la clase obrera de Sabadell entre 1891 y 1910, detectando un poderoso electorado obrero que ejerce su derecho al voto en contra de la imagen establecida que lo tilda, a nivel nacional, de potencialmente abstencionista y apático ante el juego político; Michel Ralle aborda el estudio de la conflictividad obrera contemplándola en una de sus manifestaciones más específica: las huelgas, de las cuales hace un balance a nivel nacional entre 1886 y 1894; Jean-Marie Scrive Loyer, basándose en testimonios orales y en algunas series discontinuas de publicaciones clandestinas, analiza el "nuevo movimiento obrero" —el protagonizado por las Comisiones Obreras— que se extiende por la Asturias franquista en el decenio 1966-1976; Abdón Mateos procede a matizar un lugar común como es la afirmación de que las organizaciones sindicales históricas fueron totalmente liquidadas tras la guerra civil, matización que alcanza tal nivel que le lleva a afirmar que el disenso político y la protesta social fueron fundamentales en la imposibilidad de la pervivencia del franquismo sin Franco; Antonio Elorza nos propone una nueva perspectiva para el estudio del proceso de formación de la clase obrera mediante la aplicación del concepto de "visibilidad", introducido recientemente por S. Moscovisi para quien la preocupación primera de un grupo que pretende lograr un reconocimiento social es hacerse visible: mostrar su presencia, hacer ver su fuerza, exigir el reconocimiento público por parte de sus adversarios, editar un periódico, actuar en la calle, participar en la lucha política, levantar barricadas...; por último, Gracia Dorel-Ferré estudia los conflictos sociales que se

desarrollan en las colonias industriales catalanas en la segunda mitad del siglo XIX, con unos obreros divididos entre las consignas anarquistas y las sindicalistas frente a un patrón, dueño de la colonia, con claros rasgos de señor feudal.

Cuatro especialistas dedican sus reflexiones a la puesta de manifiesto de las relaciones que existen, o deben existir, entre historia social y otras parcelas o ramas historiográficas que han de converger y nutrirse recíprocamente. Estas otras parcelas son, concretamente, la historia de la educación, la historia de las mujeres, la historia cultural y —¿por qué no?— la historia política. Así, Jean Louis Guereña aboga por una historia de la educación que sea al mismo tiempo social y por una historia social que considere ineludiblemente las esferas educativas y culturales, proponiendo, al mismo tiempo, unas cuantas líneas de investigación como, por ejemplo, la que se intuye como importante labor educativa de los centros estrictamente republicanos; Danièle Bussy Genevois reflexiona a propósito del debate sobre las relaciones entre historia social e historia de las mujeres, una historia de las mujeres que ha nacido de una ausencia, de un vacío, del silencio de las fuentes; Carlos Serrano analiza brevemente las aportaciones que la historia cultural puede y debe hacer a la historia social, dos ramas de la historiografía que durante mucho tiempo se han desarrollado con mutua ignorancia; para acabar este bloque de trabajos, Serge Wolikow nos propone que, tras el debido esfuerzo teórico que clarifique la naturaleza y el lugar de la política en el campo social, esta sea considerada como una actividad social específica, poniendo a su servicio los métodos y el saber hacer de la historia social.

Junto a los trabajos ya reseñados, otros tres abordan cuestiones que no nos permiten incluirlos en ninguno de los dos bloques anteriores. Así, Albert Broder hace un estudio comparado del banquero español del siglo XIX con sus homónimos franceses e ingleses, partiendo de la constatación de

que la historia económica española se interesa más por la Banca que por el banquero —es decir, más por la institución que por los hombres—, estudia la imagen social de estos y su implicación en política; Pere Gabriel estudia la vertebración —cultura— política de las clases populares catalanas durante la Restauración a través del análisis de la multiplicidad de formas organizativas —casinos, ateneos, cooperativas, mutualismo, centros republicanos— al margen de los partidos políticos o los sindicatos, lo que le lleva a matizar las pretendidas novedades y modernidades del lerrouxismo; Aron Cohen procede a la exposición de los problemas y posibilidades que presenta a la hora de hacer historia social la utilización de fuentes estadísticas demográficas, considerando el indudable interés de los fenómenos demográficos como testigos de las estructuras demográficas y de sus transformaciones.

Finalmente mencionaremos la reflexión que Jacques Maurice hace a modo de introducción de este trabajo colectivo. El director del coloquio se pregunta si la historia social está en crisis, aunque aclara inmediatamente que no utiliza el término “crisis” como sinónimo de decadencia, sino para referirse a una disciplina “a la búsqueda de su identidad” (Pierre Guillaume), inmersa en una incertidumbre que se manifiesta en “el desmenuzamiento de objetos y campos” (Yves Lequin) y que en España se encuentra en una “situación esquizofrénica” (Carlos Forcadell).

En definitiva, se trata de un libro que, globalmente, supone una valiosa aportación a la renovación historiográfica desarrollada en España en los últimos años. Dieciséis trabajos breves pero densos de contenido en la mayoría de los casos, que nos muestran diversas formas de hacer historia social, de observar y analizar cuestiones clásicas desde renovadas perspectivas y de cómo se puede ensanchar el punto de mira de los análisis históricos.

Juan Campos Rodríguez.

MARTIN, Jean-Clément.

Révolution et Contre-révolution en France, 1789-1989. Les rouages de l'Histoire. Rennes, Presses Universitaires, 1996.

Jean-Clément Martin, Catedrático de la Universidad de Nantes, es sin duda uno de los más reputados especialistas en la historia de la Contrarrevolución en Francia. Su ingente producción bibliográfica, que incluye sobre todo una serie de trabajos decisivos sobre la insurrección de la Vendée, arranca de una preocupación —recogida inicialmente de la obra seminal de François Furet *Penser la Révolution* (1978)— por revisar muchos de los hábitos y las categorías apriorísticas tradicionales en este campo de investigación, y analizar el juego de los actores, las orientaciones ideológicas y los debates intelectuales y políticos por una vía distinta a la trillada consideración de los condicionantes sociales y económicos.

En *Révolution et Contre-révolution en France*, se reúnen un conjunto de trabajos —todos ellos publicados anteriormente y la mayoría profundamente revisados para su edición conjunta— que versan sobre los tres grandes temas presentes, a partir del estudio del fenómeno vendeano, en toda la obra de Martin: la violencia y el terror, la cuestión de las categorías políticas aplicables a la Contra-revolución y, finalmente, el problema de la creación y la transmisión de la memoria y el conocimiento. Su argumento central consiste en la consideración de la Revolución y la Contra-Revolución como un campo de investigación específico, que excede ampliamente de los acontecimientos que la componen, dado su carácter de ruptura esencial, creador de las condiciones de un mito de los orígenes y generador en gran medida de nuestro propio mundo. Ello obligaría a elaborar también un método específico, muy atento a las cuestiones terminológicas y conceptuales, decidido a reexaminar a fondo la historiografía y a emprender una relectura de las fuentes. Sólo un viaje constante entre la his-

toria, la historiografía y la memoria, permitiría comprender el período revolucionario.

Desde estas premisas, el libro se estructura en tres grandes apartados —“Violences et Martyrs”, “Enjeux et notions” y “Mémoires et Militants”—, correspondientes en lo esencial a las tres cuestiones medulares antes señaladas. En el primero, Martin detalla las distintas formas de violencia presentes en la época —matanzas estrechamente relacionadas con las expresiones tradicionales de violencia rural, masacres cometidas por tropas sometidas a condiciones extremas, ejecuciones llevadas a cabo por individuos aprovechando las circunstancias, condenas judiciales decididas en marcos legales pero con reglas extraordinarias...—, para explicar cómo, según las orientaciones tomadas de entrada por el observador, ha sido posible insistir después en unas o en otras para juzgar el conjunto. En este caso, la propuesta del autor consiste en liberarse del peso de los mártires y de los héroes presente en las lecturas historiográficas, deseosas de obtener una lección moral o política, para dar paso a categorías de pensamiento que permitan, sobre todo, una comparación sistemática con otros fenómenos de violencia y terror.

El reexamen —la *deconstrucción*— de las palabras consagradas en torno a la Contra-Revolución constituye el objeto de la segunda parte del libro. Para Martin, los acontecimientos revolucionarios fueron el origen de una serie de nociones que han servido de marco para el pensamiento político de los tiempos sucesivos. La amalgama realizada entre federalistas y contra-revolucionarios, la sospecha ante la cultura rural, el rechazo de la guerra civil como un riesgo de ruptura del país, etc., han penetrado en las conciencias de generaciones sucesivas, convirtiéndose en verdaderos “lugares de memoria”, constitutivos de las diferentes concepciones de Francia. La alternativa propuesta incide de nuevo, sobre todo, en el recurso sistemático a nociones susceptibles de comparación, y en el estudio empírico en los archivos.

La última parte del libro se plantea el problema de la verdad histórica y de la historia de la memoria. Partiendo de la idea de que la búsqueda de la verdad histórica no consiste sólo en un examen de los hechos *tal como sucedieron*, sino que requiere también la comprensión de las variaciones de sentido de las categorías explicativas, el autor considera que, en el caso de la revolución, generador de imágenes incontables, es preciso estudiar la transmisión de los hechos, la cristalización de las memorias, la politización de las actitudes, la constitución de tradiciones historiográficas, al mismo tiempo que los hechos mismos.

Mariano Esteban de Vega.

PETTI, Jacques-Guy y MAREC, Yannick (Eds.).

Le social dans la ville en France et en Europe. Paris, L'Atelier, 1996.

Esta obra reproduce las ponencias presentadas al Coloquio Internacional sobre el tema *Políticas sociales urbanas en Francia y en Europa (fines del XVIII-comienzos del XX)*, celebrado en Angers en abril de 1995 a expensas del HIREC (Centre d'Histoire des Régulations et des Politiques Sociales) de esta Universidad y del Comité d'Histoire de la Sécurité Sociale. Desde una declarada preocupación por la actualidad social del problema, es decir, por las consecuencias de la crisis económica en las ciudades y su entorno, el Coloquio tuvo como objetivo abordar la génesis de las primeras políticas sociales en Francia y en Europa, durante una época —el siglo XIX largo— marcada por el crecimiento urbano y la consiguiente reversión de la tradicional relación entre campo y ciudad. Dentro de esta problemática general, se trataba de analizar sobre todo el papel desempeñado por los diferentes actores de la política social, aunque resultara también inevitable referirse a sus receptores.

La publicación de los trabajos debatidos en el Congreso pone ahora de mani-

fiesto el acierto con que éste fue planteado. Los estudios que comprenden este volumen se centran sobre todo en casos de ciudades grandes o medianas de Francia, pero también de Inglaterra, País de Gales, Alemania, Holanda, Suiza, España y Hungría, estando concebidos algunos de ellos desde una perspectiva explícitamente comparada. Dentro de una notable diversidad de situaciones, que tanto los editores del volumen como el encargado de presentar las conclusiones —el profesor Jacques Guillaume— no dejan de subrayar, algunas grandes líneas parecen apuntarse en la evolución de las políticas sociales urbanas en la Europa del XIX: una progresiva laicización de la asistencia, una lenta afirmación de la comunidad ciudadana en detrimento de las solidaridades más tradicionales de carácter religioso, familiar o de vecindad, la preponderancia de las instancias locales o provinciales sobre las estatales, la presencia de objetivos moralizadores, de control y normalización de las relaciones sociales, la tendencia hacia la complementariedad de las iniciativas públicas y privadas, etc.

Sin embargo, quizá el principal interés de este volumen resida en el inventario de cuestiones que deja explícitamente planteadas, y que podrían ser objeto de un amplio plan para la investigación en este terreno. En primer lugar, la capacidad de las políticas sociales urbanas para responder satisfactoriamente al desafío demográfico y social que experimentan las ciudades en esta época. Por otro lado, el papel desempeñado por los diferentes poderes públicos en la política social con relación a los intereses de los grupos sociales tradicionalmente representados en las élites municipales. La eficacia de estas políticas urbanas respecto a la integración de los medios populares en las ciudades. Y en fin, la participación de los receptores de las mismas en la articulación de estas políticas.

Mariano Esteban de Vega.

LUEBBERT, Gregory M.

Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras.

Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

Aparece ahora, en magnífica edición castellana de Álvaro Garrido Moreno, una de las más importantes obras recientes de análisis histórico comparado. El libro de Luebbert, publicado en 1991, tres años después de su trágica muerte, intenta ofrecer una explicación del desarrollo político de Europa Occidental desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, mediante una combinación muy sólida de comparación a gran escala e interpretación matizada de casos específicos. La vía elegida consiste en explorar el conjunto de coaliciones políticas y alianzas de clases que condujeron a la consolidación de los tres modelos de regímenes político-económicos surgidos en la transición hacia un gobierno popular en Europa occidental: la democracia liberal en Gran Bretaña, Francia y Suiza —con sus variantes en Bélgica y Holanda—; la solución socialdemócrata asentada en Dinamarca, Noruega, Suecia y Checoslovaquia; y el fascismo en Italia, Alemania y España.

En el análisis de Luebbert, estos tres “modelos ideales” serían tres respuestas distintas a las demandas de la clase obrera dentro de la búsqueda general de fórmulas político-económicas que estabilizaran el equilibrio del poder político europeo tras la Gran Guerra: la primera estaría basada en una coalición de centro-derecha, dirigida contra la clase obrera socialista; la segunda, en la alianza de la clase obrera urbana y del campesinado familiar o medio; y la tercera, en una combinación del campesinado familiar con la burguesía urbana, también contra la clase obrera urbana. Esta orientación refleja la convicción del autor de que las causas originales de estos tres tipos de desenlace político deben ser halladas en los diferentes modos en que millones de personas buscaban mejorar las condiciones materiales de

sus vidas por medio de la actividad política. Las clases sociales y los partidos políticos que las representan constituirían, a su vez, los principales vehículos de esa “fuerza motriz”, aunque a veces las alianzas políticas estuvieron dominadas por las lealtades religiosas, lingüísticas y regionales.

En un extenso comentario de la edición inglesa del libro de Luebbert, publicado en esta misma revista (“Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, nº 10-11, Salamanca, 1992-1993, pp. 101 a 124), Julián Casanova se refirió tanto a las principales aportaciones de esta obra, dentro de la mejor tradición de la historia comparada, como también a sus limitaciones. Entre estas últimas, es preciso subrayar sobre todo su explícito estructuralismo, que niega la intervención activa de los actores en los resultados del proceso histórico y “configura las clases sociales como categorías estáticas sobre las que no influyen los procesos dinámicos en los conflictos en que participan ni los cambios en las condiciones sociales o en las jerarquías políticas”. Al igual que en otras grandes obras de historia comparada, quedaría así pendiente “cómo combinar una perspectiva que ponga énfasis en las estructuras y legados históricos con otra que subraye las presiones que actuaron sobre esas sociedades en el período específico y extraordinario comprendido entre las dos guerras mundiales”; para todo lo cual, señala el propio Casanova, “hace falta incorporar muchas más variables y a muchos más protagonistas que los que Luebbert reconoce”.

Mariano Esteban de Vega.

CUENCA TORIBIO, José Manuel.

La Francia actual: Política y políticos.
Córdoba, Universidad, 1996.

La crítica bibliográfica, que en otros lugares sigue siendo un ámbito central del debate académico, constituye hoy entre nosotros

un género trivializado y, por lo general, ejercido de forma rutinaria. No siempre sucede así, afortunadamente. Lo atestigua con creces este volumen, que reúne treinta y cinco trabajos críticos —salidos de la pluma fertilísima del profesor José Manuel Cuenca— sobre otras tantas obras, acaso las más importantes de la reciente literatura política francesa.

Entre los libros objeto de atención por parte del autor figuran, sobre todo, biografías, memorias, auto-biografías, ensayos políticos y libros de entrevistas, protagonizados —de distinto modo— por las dos grandes figuras de la historia de la V República —sin duda alguna, Charles de Gaulle y François Mitterrand—, y por los principales políticos franceses de los últimos treinta años: gaullistas, como Debré, Tricot, Pompidou y el mismo Jacques Chirac; liberales como Giscard d’Estaing y Raymond Barre; socialistas como Fabius, Delors y Rocard; y otros personajes de fulgor más reciente como Balladur, Séguin y Juppé. La glosa de estas obras facilita al lector una primera aproximación a la historia política francesa de la época que, naturalmente, carece del carácter seriado de una síntesis o de un manual, pero que contiene en cambio dosis sobradas de rigor y erudición. La acreditada destreza del profesor Cuenca Toribio en la historia política y cultural comprende, según revelan estos *comptes rendus*, un conocimiento del ensayismo político francés de los últimos años verdaderamente abrumador.

La lectura de este libro conduce también, inevitablemente, a melancólicas comparaciones entre el clima cultural francés y el español. Es imposible no suscribir la opinión del autor sobre el abismo que hoy sigue separando el ensayo político o sociológico francés respecto del que se realiza en España, casi siempre a cargo de periodistas sin el pertinente bagaje o pseudosociólogos más preocupados por la popularidad que por el rigor. La mayor densidad del ambiente cultural francés parece también la causa principal de las enormes diferencias entre la formación y la talla intelectual.

tual de los políticos franceses a los que se refiere el libro y la de los políticos españoles de los últimos 40 años, contraste en el que el autor de este volumen prefiere benévolamente no ahondar demasiado.

Mariano Esteban de Vega.

GUEREÑA, Jean-Louis y VIÑAO FRAGO, Antonio.

Estadística escolar, proceso de escolarización y sistema educativo nacional en España (1750-1850).

Barcelona, EUB, 1996.

Aunque hace ya tiempo que los historiadores empezaron a “contar”, a manejar cifras, sólo recientemente la Historia de la Educación ha dejado de ser ajena a la utilización de métodos cuantitativos y en particular a la reconstrucción y tratamiento de series estadísticas, tratando de superar así la vieja historia pedagógica. El libro de Guereña y Viñao, que continúa otras investigaciones de ambos autores en esta misma línea, incide en el recurso a las fuentes estadísticas como medio de abordar una historia del proceso de escolarización en España, convertida actualmente en objeto central no sólo de la historia de la educación sino también de la historia social y cultural de cualquier país. Para ello era preciso tratar de reconstruir la red o mapa escolar y la determinación de las tasas de escolarización, aspectos ambos que requieren, precisamente, la cuantificación y el recurso a fuentes estadísticas y censos o recuentos escolares.

Algunas de estas fuentes, especialmente las posteriores a 1850, eran ya bien conocidas en nuestro país, pero muy pocos habían utilizado las anteriores a dicha fecha, razón por la que los autores decidieron centrarse en el siglo que transcurre desde mediados del setecientos hasta la mitad del siglo XIX. Por otro lado, el uso, cada vez más frecuente y extendido, de este tipo de instrumentos se venía realizando habitualmente sin un análisis previo de la fiabilidad de cada estadística o

recuento, de su proceso de elaboración y modo de representación. De ahí que resultara necesario indagar las condiciones de producción y de publicación de las estadísticas, su proceso de formación y fabricación, en todos sus escalones, para poder apreciar así su realización y eventual fiabilidad, determinando entonces las posibilidades de utilización del producto elaborado. Finalmente, ante la carencia en nuestro país de trabajos globales —similares a los realizados en países como Francia o Bélgica— acerca de la historia “crítica” de la estadística escolar en su conjunto, el libro que ahora comentamos viene a llenar una asignatura pendiente que aunque contaba ya con diversas investigaciones previas —bien que de carácter local o regional o para períodos cronológicos más restringidos— es ahora cuando presenta esa característica de globalidad.

Globalidad dentro, no obstante, de unos propósitos definidos y de unos límites y estructura del trabajo que los profesores Guereña y Viñao han acotado con precisión. Porque se circunscriben a la enseñanza conocida, según las épocas, con las denominaciones de primeras letras, elemental o primaria para un período que abarca desde 1750 hasta 1850, comienzan sus análisis con la primera fuente general conocida, el catastro de la Ensenada, realizado justamente a mediados del siglo XVIII, terminan justo antes de la formación de la primera estadística de enseñanza primaria publicada independientemente como tal —y que cubría el quinquenio 1850-1855— y dentro de las estadísticas escolares se restringen a las de ámbito y procedencia estatal, es decir, a aquéllas elaboradas a petición de organismos de la administración central para todo el país.

Dentro del período abarcado, que, por cierto, resulta fundamental para conocer el proceso de constitución del sistema educativo español, pues aborda el tránsito del Antiguo Régimen al liberalismo decimonónico, los autores distinguen cronológicamente cuatro etapas que se corresponden con sendos capítulos. En el primero tratan las diferentes

encuestas o censos de la segunda mitad del XVIII y primeros años del XIX; en el siguiente se analizan las primeras estadísticas de la nueva administración liberal realizadas durante el período gaditano y en el trienio liberal así como las llevadas a cabo en los últimos años de la monarquía absoluta; en el capítulo tercero se estudia el proceso de configuración de la nueva organización administrativa liberal durante la minoría de edad de Isabel II, que iniciará el camino hacia una estadística regular; el cuarto se dedica a los antecedentes y la creación de la Dirección General de Instrucción Pública, con cuya aparición se cierra una etapa y se abre otra en la que la administración central disponía ya de instrumentos para lanzar, seguir, reunir y analizar las estadísticas educativas. Finalmente, un quinto y último capítulo sintetiza los datos aportados sobre un siglo de estadística escolar con relación al proceso de escolarización en ese mismo período, el lugar de la cultura escrita y la formación de un sistema educativo nacional, antes de pasar a esbozar algunos rasgos del período posterior a 1850.

En suma, un libro necesario, difícil y complicado en su elaboración por los problemas derivados de la escasez y dispersión de las fuentes de consulta y que, sin lugar a dudas, viene a abrir un camino antes apenas roturado por el que a partir de ahora, y este es uno de sus principales activos, podrán transitar, contribuyendo de paso a su mejoramiento viario, otros investigadores y estudiosos. Ese es el propósito de los autores y también nuestro deseo.

Francisco de Luis Martín.

BORRÁS LLOP, José María (dir.).

Historia de la infancia en la España contemporánea. 1834-1936.

Madrid, Ministerio de Trabajo-Fundación Germán Sánchez Ruipepérez, 1996.

Aunque es verdad que no hay historia si no hay niños y niñas, como no hay his-

toria si no hay mujeres, familias, ancianos, marginados, etc., es decir, si no hay sujetos, sean hombres, mujeres o niños, y de cualquier condición social, económica o cultural, es innegable que el interés por la historia de la infancia es muy reciente en nuestro país, como lo es también en otros muchos países. Al carácter de presencia oculta que niños y niñas han tenido en la historia de la humanidad, lo que se significa en la dificultad para encontrar las huellas y vestigios de su paso por la historia, se unía la escasa atención historiográfica hacia un tema que prácticamente no existía como tal y que, por tanto, era menospreciado o simplemente ignorado por los historiadores. Ha habido que esperar a la profunda renovación experimentada por la historia a partir de los años sesenta y setenta, con la ampliación de los objetos de estudio y el desarrollo de campos o especialidades como la demografía histórica, la historia de la educación, la de la familia o de las relaciones de género, para que la infancia, especialmente tras la difusión de la obra pionera de Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, publicada en 1960, ocupe el lugar que por derecho le corresponde entre los estudios históricos, dando voz a un prolongado e injusto silencio histórico.

En nuestro país, como apuntaba más arriba, la historia de la infancia está aún en ciernes. Y esto por varias razones. En primer lugar, porque todavía hoy adolecemos de estudios monográficos, incluso parciales o acotados temporal o espacialmente, sobre este tema. Son aún muy escasos los historiadores que han hecho de los niños y niñas el objeto de sus preferencias investigadoras. En segundo lugar, porque hasta ahora ha predominado, como señala José María Borrás en el prólogo del libro, un enfoque excesivamente "institucionalista", propio de la historiografía tradicional de la educación. Y en último término, porque la atención hacia la infancia, cuando ha existido, ha estado muy frecuentemente subordinada o dependiente de otros temas, que

eran los que realmente interesaban al investigador, lo que provocaba una "visión" limitada, insuficiente, cuando no sesgada o deformada de aquélla. Todos estos factores y alguno más que podría señalarse explican que no podamos contar con síntesis o historias generales de la infancia en nuestro país y que dicho objetivo se presente más como una aspiración a medio o largo plazo que como una tarea de realización inmediata.

Por todo ello creo que debiéramos felicitarnos todos de la aparición de esta *Historia de la infancia en la España contemporánea*, tan magníficamente editada por el Ministerio de Trabajo y la Fundación Germán Sánchez y que bajo la dirección de José María Borrás reúne un ramillete de trabajos de algunos de los estudiosos que desde una u otra perspectiva han hecho de la infancia objeto directo de sus estudios. Porque aunque no puede decirse que represente o suponga esa historia general, bien articulada y contextualizada y donde los niños y niñas sean el objeto central, que no excluyente, de la investigación, que antes demandaba, no cabe duda que esta obra supone un primer paso en esa dirección y un aliciente o incentivo para quienes deseen transitar por ese camino.

Josette Borderies-Guereña se ocupa en el primer capítulo del tema "Niños y niñas en familia" desde la perspectiva del estudio de las mentalidades y de los comportamientos, tanto de los niños como de los otros miembros de la familia para con ellos, y con una amplia utilización de la historiografía sobre el tema referida a otros países. Aron Cohen Amselem y Esteban Rodríguez Ocaña analizan en el segundo capítulo el tema "La infancia entre la vida y la muerte". El primero profundiza en la mortalidad infantil, en sus causas y determinantes y más particularmente en la mortalidad de los niños abandonados, estableciendo al mismo tiempo las magnitudes demográficas generales de la muerte infantil en España. El segundo aborda cuestiones relacionadas con la medicina para la infancia, las enfer-

medades infantiles, los problemas de nutrición, la capacitación profesional de la atención médica a la infancia en España o las campañas médico-sociales de protección a los niños y niñas en nuestro país. Con el título de "Zagales, pinches, gamenes... Aproximaciones al trabajo infantil", José María Borrás profundiza en algunos de los aspectos más sustantivos de la historia del trabajo infantil en la España contemporánea. Y todo ello con tres vertientes distintas: en primer lugar, el análisis del empleo infantil desde el marco de los grupos domésticos campesinos y obreros y donde los condicionantes de la oferta de trabajo infantil constituyen el tema central del grueso de estas páginas; en segundo lugar, mediante una selección de textos contemporáneos, interesantes por las descripciones de labores concretas y por las opiniones suscitadas por el trabajo infantil. Finalmente, con la incorporación de un amplio y representativo repertorio de imágenes que permiten al lector hacerse una idea más sensitiva de la extensión y variedad del trabajo infantil, a pesar de ciertas idealizaciones. En el capítulo cuarto, "Infancia y escolarización", Jean-Louis Guereña estudia los procesos y obligatoriedad escolar, los condicionantes que supone el espacio escolar y una aproximación muy interesante al mundo escolar vivido y enfocado por los propios niños, es decir, a las vivencias escolares. Finalmente, Pedro Trinidad se ocupa de "La infancia delincuente y abandonada" primeramente en el Antiguo Régimen y luego tras la revolución liberal y la configuración de un nuevo orden social. Incluso, casas de expósitos o casas cuna y otros establecimientos de acogida, con especial referencia al Tribunal Tutelar de Menores, son estudiados desde la perspectiva no sólo de sus promotores y vigías, sino desde la del niño abandonado también.

Las diferentes aportaciones se completan con una profusa, minuciosa y bien elegida muestra iconográfica que vale no únicamente como mera ilustración del texto, sino como un conjunto, complementario,

con su propia entidad, de por sí significativa y que revela una muy variada gama de actividades relacionadas con la infancia. Una obra, en suma, que se nos aparece como un excelente punto de partida para intentar alcanzar esa historia general de la infancia que nuestra historiografía tanto necesita.

Francisco de Luis Martín.

FOX, Inman.

La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional.

Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

La publicación del libro editado por Eric J. Hobsbawm i Terence Ranger, *The invention of tradition* (1983), permitió que se abrieran paso vías alternativas de análisis en el terreno de la cultura y del nacionalismo decimonónico y, más concretamente, en el estudio de la formación y construcción de las culturas nacionales a lo largo del siglo XIX. Es en este marco de referencia historiográfico en el cual se inscribe el libro de Inman Fox, *La invención de España*.

Fox analiza cómo se construyó y formó el discurso nacional liberal español a lo largo del siglo XIX y, en concreto, durante su segunda mitad. Señala que este nacionalismo liberal (y su entramado cultural) se empezó a cimentar en el seno del Ateneo de Madrid a través del krausismo. Posteriormente, durante la crisis finisecular, el regeneracionismo y la denominada *Generación del 98* recogieron la herencia krausista mediante un discurso nacionalista que combinaba el pesimismo y la esperanza. Finalmente, el autor redondea su argumento afirmando que el nacionalismo liberal español se concretó en un discurso que afirmaba los valores políticos, sociales, culturales, económicos e históricos de Castilla como los propios de España.

Sin embargo, la tesis de Fox olvida que el nacionalismo español liberal y de inspi-

ración krausista estudiado en *La invención de España* era uno más (aunque triunfante) de los diferentes proyectos culturales y políticos nacionales que, a lo largo del siglo XIX, se plantearon desde los círculos liberales de toda España. Así, hay que tener en cuenta que, durante la primera mitad del siglo XIX, surgieron alternativas de organización estatal, no jacobinas, que entendían España como una variopinta unión de reinos de origen medieval con sus tradiciones políticas, culturales, sociales y legislativas. En este marco debe situarse el resurgimiento de las culturas regionales decimonónicas, como la *Renai-xença* catalana. Estudios recientes, como los de Josep M^a Fradera (*Cultura nacional en una societat dividida*, 1992), Joan-Lluís Marfany (*La cultura del catalanisme*, 1995) o Albert Ghanime (*Joan Cortada: Catalunya i els catalans al segle XIX*, 1995), han destacado que la recuperación de la lengua catalana y de la historia de Cataluña no fue, inicialmente, una aspiración nacionalista catalana sino una afirmación de la voluntad de integrar la cultura catalana en la construcción del Estado-nación español. El problema del estudio de Fox reside en la selección bibliográfica. Así, por ejemplo, el análisis del papel de Cataluña en la construcción nacional de España lo ha fundamentado en los libros de Albert Balcells, caracterizados por su voluntad de demostrar que cualquier acontecimiento político, económico (caso de la industrialización) y cultural en Cataluña posee, por sistema, una connotación de afirmación nacionalista catalana, anti-castellana y antiespañola.

Pero el olvido bibliográfico no es sólo patente en el ámbito catalán. Por ejemplo, la consulta del estudio de Manuel Suárez Cortina, *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición cántabra* (1994), podía haber permitido matizar la idea de una Castilla mesetaria detentadora de todos los símbolos de la españolidad. De hecho, el libro de Manuel Suárez apuntaba la existencia de una Cantabria ultra-

montana (o de un liberalismo ultraconservador) que se siente madre creadora de Castilla y, por ende, de España; y que, como en el caso catalán, se sustentaba en la exaltación de los valores regionales como vía potenciadora de un proyecto nacional español descentralizado. Ideas que, por otro lado, ya habían sido expuestas por Juan Ignacio Farreras a mediados de los años setenta en sus estudios sobre la novela histórica española en el siglo XIX (estudios también omitidos en la bibliografía de Inman Fox).

En definitiva, la aportación de Inman Fox sigue los cauces tradicionales que entienden que el nacionalismo español sólo puede ser centralista y castellano; y que toda reacción desde la *periferia* es lógicamente antiespañolista y anticastellana. Pero si toda reacción *periférica* hubiese de ser antiespañola, ¿cómo se explica, a pesar de sus múltiples regionalismos y nacionalismos supuestamente disgregadores, la pervivencia de España como nación y Estado? Cuando Borja de Riquer habla del fracaso del nacionalismo español, ¿no pretende, en realidad, hablar del fracaso del nacionalismo liberal español por construir un determinado tipo de Estado liberal? ¿Y los nacionalismos periféricos, a partir de sus ambigüedades, no han fracasado dada la unidad estatal existente y cómo han aceptado diferentes marcos políticos estatales a lo largo de la historia contemporánea española? Ciertamente, la vía para estudiar el nacionalismo español pasa por entender que sus manifestaciones culturales, políticas, sociales y psicológicas son múltiples. Y, finalmente, es necesario, como apuntan los estudios de Fradera o Marfany para Cataluña, abordar las historias regionales de España, no estrictamente como historias nacionales sin relación con el resto de España, sino en relación a ésta: ¿cómo se explicaría, entonces, el mensaje de la Lliga Regionalista de 1916, "Per Catalunya i l'Espanya Gran"?

David Martínez Fiol.

MARTÍN, Luis P.

La masonería en Castilla y León en el siglo XIX.

Salamanca, Diputación Provincial, 1996.

Hace ya bastantes años que los estudios sobre la masonería española perdieron toda la carga mítica que le habían conferido algunos avatares de la historia de nuestro siglo. En la estela de esa labor de construcción de una historiografía masónica digna de tal nombre, promovida sobre todo por Ferrer Benimeli, se sitúan los trabajos de Luis P. Martín, un joven profesor español afincado en la Universidad francesa, autor en 1989 de un libro sobre la masonería en Salamanca a finales del siglo XIX.

Esta segunda obra del profesor Martín, referida a todo el siglo XIX y al espacio geográfico de las provincias que componen actualmente la Comunidad Autónoma de Castilla y León, presenta una mayor ambición que el anterior tanto por el ámbito cronológico y espacial que recoge como por los planteamientos teóricos que lo sustentan. Su perspectiva central, que sigue el enfoque aplicado por Ran Halévi a la masonería francesa del XVIII y los estudios de Maurice Agulhon, es el análisis de las logias masónicas como centros de sociabilidad democrática. A partir de ella, el estudio se estructura en torno a tres ejes fundamentales: la vida interna de la masonería, su evolución histórica y sus relaciones con la sociedad de la época.

Al margen de la irritación que produce la lectura de un libro deturpado por las erratas y el desaliño formal, es preciso reseñar algunas aportaciones notables de este trabajo al conocimiento del pensamiento y los grupos laicos, liberales y reformistas de las provincias de Castilla y León durante el siglo pasado. Para empezar, resulta claro que la historia de la masonería en esta región constituye un proceso de desarrollo sincopado, que tiene algunos precedentes durante el Trienio Liberal y en el Bienio Progresista, pero que sólo presenta auténtica relevancia durante el Sexenio Revolucionario y, sobre todo, a partir de 1880 y hasta mediados los años 90, ver-

dadera “edad de oro”, nunca ya recuperada, de la masonería regional. Desde el punto de vista social, la masonería regional es un fenómeno burgués, al que resulta siempre ajena la alta burguesía y ligado, en una primera fase, sobre todo a notables y miembros de profesiones liberales, y a partir de 1889 aproximadamente a representantes de la pequeña burguesía que intentaron abrir incluso las logias a las clases populares. La actividad masónica estuvo siempre marcada por la penuria económica, responsable de la escasa dimensión externa de sus tareas; en este ámbito, la beneficencia y la educación fueron los objetos de atención preferente. Desde la perspectiva política, aparecen también evidentes las relaciones entre republicanism y masonería. Finalmente, su crisis de finales de los 90 obedecería tanto a la lenta integración de los masones en el sistema como a la progresiva formación de nuevos espacios para el debate de ideas y la lucha política —sociedades de resistencia, partidos políticos más organizados, asociaciones más específicas...—, que sustituyeron a la masonería en los objetivos que ésta se había marcado durante las décadas anteriores.

Mariano Esteban de Vega.

DE LA GRANJA, José Luis.

El nacionalismo vasco: un siglo de historia. Madrid, Ed. Tecnos, 1995.

Uno de los temas estrella de la historiografía contemporánea española de los últimos tiempos es, sin duda, el de los nacionalismos periféricos, su origen, configuración y desarrollo. La transición política a la democracia, la conformación del Estado de las autonomías y el peso creciente, también en lo cultural e historiográfico, de la administración local y regional son algunos de los factores que contribuyen a explicar dicho fenómeno. La eclosión de estudios sobre el nacionalismo vasco, catalán y, en menor medida, gallego, nos ha permitido desentrañar algunas de las claves históricas que están

detrás de la emergencia de estos movimientos, si bien no han faltado interpretaciones quizá demasiado “interesadas” —algunas rayanas en la hagiografía— y es una realidad —que ahora parece estar superándose— la escasa atención por los análisis comparativos y las relaciones, complejas y dialécticas, entre los diversos nacionalismos, incluidas las diferentes formulaciones de lo que podríamos denominar el nacionalismo español. Y dado el avanzado nivel de especialización de este tipo de trabajos y su importancia cuantitativa se echa en falta, finalmente, la elaboración de historias generales que compendien y sintetizen las aportaciones más importantes vertidas en ellos.

El libro que ahora comentamos de José Luis de la Granja llena algunas de las lagunas que acabamos de mencionar. Porque aunque no profundice en la comparación con otros nacionalismos periféricos ni sea en puridad una historia general del nacionalismo vasco —hubiera hecho falta para ello una mayor atención a las corrientes distintas, anteriores y simultáneas, a las del Partido Nacionalista Vasco y una articulación o estructura del libro que superase las inevitables reiteraciones que presenta toda obra asentada sobre la recopilación de trabajos ya publicados o inéditos— lo cierto es que en este estudio hay mucho de rigor, de esfuerzo de síntesis y de presentación clara y objetiva de un gran trabajo investigador tanto personal como de otros estudiosos que se han dedicado al mismo tema, desde Corcuera, Solozábal o Elorza hasta Jáuregui, Otazu, Mees, de Pablo o Fernández Sebastián, por citar algunos de ellos. Y hay también, finalmente, un evidente propósito de desmitificación de tópicos y estereotipos que una literatura crítica había aceptado sin más, motivos todos por lo que esta obra, surgida al cumplirse el primer centenario del nacimiento del PNV, puede llegar casi por igual tanto al lector especializado como a un público general interesado por estos temas.

Las diferentes tendencias que surgen en el interior del nacionalismo vasco y sus for-

mulaciones políticas, la doctrina del fundador, Sabino Arana, la trayectoria histórica seguida por el nacionalismo vasco desde sus orígenes hasta el nacimiento de ETA, la dialéctica entre independentismo teórico y autonomismo práctico que caracteriza la política real del PNV, la especial y decisiva coyuntura que supone para éste los años treinta y que se traducirá en el abandono de las iniciales posiciones integristas y la asunción de principios y puntos programáticos propios de la democracia cristiana y la consideración de este partido como modelo de “partido-comunidad” que vertebra un tupido y variado tejido asociativo y que supone una de las claves de su éxito político y social son los principales temas o aspectos que el profesor de la Granja desmenuza a lo largo de los diferentes capítulos que estructuran el libro. Termina éste con un muy pertinente análisis de lo que el autor prefiere llamar “literatura” —a favor y en contra— sobre el nacionalismo vasco y de su historiografía propiamente dicha, con un balance final que plantea logros y vacíos y con una bibliografía que recoge los más importantes trabajos realizados hasta el presente sobre este nacionalismo.

Si algún pero cabe señalar a este libro este sería, como ya quedó indicado, la poca atención dedicada a las corrientes y tendencias nacionalistas que surgen al margen del PNV y al período posterior a la guerra civil. Nada de ello oscurece los innegables valores de una obra que desde la visión crítica y rigurosa del pasado del nacionalismo vasco puede prestar un buen servicio al conocimiento de su presente, que no es poco.

Francisco de Luis Martín.

MAGNIEN, Brigitte (Ed.).

Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela (El ejemplo de Timoteo Orbe).
Barcelona, Anthropos, 1995.

Los resultados de un trabajo a cargo de un colectivo de investigadores pueden

reflejar las ventajas de una mayor exhaustividad, pero también el peligro de una dispersión excesiva o de una parcelación inconveniente del objeto de estudio. Ocurre sólo lo primero, afortunadamente, en esta obra realizada por el equipo de investigación de la Universidad de París VIII denominado ERECEC (Équipe de Recherche sur la Culture de l'Espagne Contemporaine). Este libro continúa el desbroce del conocimiento sobre el modo en el que los grupos obreros en España, a finales del siglo XIX y a comienzos del XX, integraron las formas de la “cultura popular” establecida en el proceso de constitución de su propia identidad como movimientos sociales y en el de sus propias formas de expresión.

En concreto, el análisis se centra en el folletín, término polisémico que aquí debe entenderse tanto como el espacio dentro de las publicaciones así titulado, que acogía escritos extraños al objeto principal de toda cabecera en la que se incluía, así como el género literario común a la prensa de la época que dicho espacio acabó gestando. Para esta tarea, la obra reparte un total de doce artículos en dos bloques. Por un lado, se analiza la historia del folletín, sus características, tipología y función en la prensa española del siglo XIX, además de su inclusión en los periódicos católicos y obreros. Tras esto, el grueso del libro afronta el estudio de *Almas muertas*, folletín del bilbaíno Timoteo Orbe publicado en *La Lucha de Clases*, órgano del socialismo vizcaíno. La personalidad de su autor y el contexto de su producción obtienen en estas páginas una visión completa y profusa.

Al trazar el marco general en el que se comprende el espacio folletinesco en la prensa española del siglo XIX, este estudio ofrece una revisión histórica del género, que alude a la estrecha imbricación con los folletines franceses. El retraso en la adopción de esta fórmula en España se explica no sólo por un innegable factor de imitación, sino también por el desarrollo propio

de la prensa española, que conllevaría la paralela admisión del folletín en los “pisos bajos” de las planas de los periódicos conforme iba ampliándose su número de lectores.

Precisamente fue la importación de los folletines, su “extranjerismo”, uno de los argumentos recurrentes en las continuas críticas por parte de los sectores más conservadores de la sociedad, en particular desde la Iglesia católica. Sin embargo, el éxito creciente de esta forma de ficción novelesca tuvo que ser digerido por la prensa católica en España que, tras demonizarlo, se sirvió del folletín para promover un militantismo moral acorde con sus pretensiones. La admisión en las secciones literarias de los medios católicos de éste género, se inserta en un proceso de *aggiornamento* imprescindible para aumentar la penetración social de sus ideas, que se acompañó con la creación, por ejemplo, de bibliotecas cristianas.

La utilización del folletín con fines propagandísticos por quienes lo consideraban de entrada deleznable no fue exclusiva de la prensa católica. Gérard Brey y Maria Hélène Hocquard exponen en un artículo de esta obra el importante peso del folletín en las publicaciones francesas que estaban al mando de Jules Guesde o Jean Jaurès, aunque no dejan de señalar el rechazo que el folletín novelesco suscitaba en la prensa sindical. Para unos tenían efectos perversos, eran sólo “opio para el pueblo”; otros, debido a su éxito y a la afición popular, abogaban por inocular en los folletines una semilla de rebelión, subvertirlos desde dentro para vehicular un contenido didáctico y edificante, respetando sus mismos odres.

En la prensa española nos encontramos similar confrontación. Brey despliega los resultados de un sondeo realizado con la ayuda de Jean-Louis Guereña, Manuel Morales Muñoz, Rudolf de Jong y Michel Ralle. De la cala realizada en treinta periódicos anarquistas y socialistas españoles entre 1881 y 1910, resalta el que diecinueve de ellos incluían un espacio catalogado

como “folletín”, pero de su análisis deduce “la incapacidad para utilizar la ficción narrativa o dramática como vehículo del mensaje ideológico”. Con una tendencia subrayada en los periódicos socialistas, los textos doctrinales y teóricos, biografías o diálogos didácticos invadían este espacio folletinesco. Pero aun así pronto se admitió, con especial incidencia en la esfera ácrata, la capacidad de géneros como el teatro, las narraciones breves o las novelas para educar a los huelguistas y denunciar las injusticias e hipocresías sociales.

Por esta razón, la publicación de *Almas muertas. Historia de una familia burguesa* en el semanario socialista *La Lucha de Clases* durante la segunda mitad de 1896 supone un hecho original e innovador, sobre todo en su intención. Al tiempo, y como señala Michel Ralle, “expresa una situación en que la implantación socialista se combina, a partir de 1890, con un caso de industrialización”. Tanto las características de esta industrialización de Vizcaya, como sus efectos a la hora de configurar un movimiento social tienen cabida en un estudio del propio Ralle. La implantación socialista y sus ínsitas características debidas a las distintas componentes obreras —minas, siderurgia, oficios— forjaron una politización del proletariado en cierta medida “original”, no tanto por las propuestas políticas generales como por las diferencias con la agrupación socialista de Madrid.

A través de los artículos que componen este libro tenemos oportunidad de conocer cómo concibió su colaboración con el mundo obrero el autor del folletín, Timoteo Orbe. Intelectual autodidacto, sus escritos, junto con las de Unamuno, intentaron atemperar el tono exaltado, extremista y muchas veces vulgar de *La Lucha de Clases*. Retrató en su folletín el ascenso de un tendero a la clase económica, social y política más privilegiada de una ciudad sin nombre pero con todas las trazas de Bilbao, así como la oposición del mundo obrero. Destaca en su folletín la narración de una huelga en la siderurgia (que aún no había llegado a plas-

marse en la realidad), la represión con la que se solventó y el papel en ésta como muñidora de miembros de la Iglesia.

Los autores de este libro nos muestran el contraste entre la ficción y los arquetipos sociales que expone Orbe con el capitalismo y proletariado del Bilbao finisecular; los modos de enunciación del autor y su adscripción a fórmulas literarias; la influencia desigual pero presente de la obra de Tolstoi o los consejos de Unamuno, con quien mantuvo una amistad y una correspondencia epistolar mutua de la que un artículo nos ofrece aquí ejemplos inéditos.

El folletín *Almas muertas* fue revisado y ampliado por su autor en 1899, publicándose bajo el nombre *Redenta*, conversión en la que Orbe utilizó de nuevo códigos lingüísticos y estéticos de un género, en este caso la novela, para la consecución de un enunciado en pos de una causa. Pero este trabajo de reelaboración incluyó también modificaciones surgidas de su postura favorable a un socialismo “menos rígido”, dando al episodio de la huelga una solución satisfactoria para los obreros, que la habían planeado, esta vez, de manera más “técnica”, con cajas de resistencia y la solidaridad internacional.

El epílogo de este acertado estudio, que no deja rincón necesario sin iluminar, lo constituye una breve reflexión acerca de cómo se reflejaban las luchas obreras en la literatura española de fin de siglo. Queda explícito de nuevo cómo las huelgas obtuvieron un tratamiento trivial por parte de la narrativa realista una vez que se generalizaron como medio de acción obrera. Entre tanto, la obra de Orbe se instaló en el erial de la creación de ficción folletinesca (en 1914 Torralva Beci repetirá sus esquemas en *El Socialista*) y, sobre todo, significó una alternativa al tratamiento desdibujado de las huelgas desde el propio frente de lucha y las preocupaciones de los intelectuales que se enmarcaban en su seno.

Juan Fco. Gutiérrez Lozano.

MARTÍNEZ MARTÍN, María Ascensión.

Gipuzkoa en la vanguardia del reformismo social. Beneficencia, aborro y previsión, 1876-1936.

San Sebastián, Fundación Social y Cultural KUTXA, 1996.

El estudio monográfico de la acción social en Guipúzcoa en el período comprendido entre el comienzo de la Restauración y la guerra civil constituía, según se ha escrito en muchas ocasiones, uno de los vacíos más notables en este terreno de nuestra historiografía, dado el carácter verdaderamente excepcional del caso guipuzcoano —conocido como la “Bélgica española”— dentro del panorama general de la acción social en la España de la época. A llenar este vacío vino precisamente la tesis doctoral de María Ascensión Martínez, dirigida por el profesor Feliciano Montero, que ahora se publica, con muy pocas modificaciones y un nuevo título quizá forzado por el editor.

La obra constituye un buen ejemplo de los notables avances experimentados por la historiografía de la asistencia y la previsión social en España. Se trata de una investigación muy bien planteada y organizada, que muestra un magnífico conocimiento de la bibliografía correspondiente y cuenta con una apoyatura documental extraordinaria, salida sobre todo de la propia Kutxa de Guipúzcoa y San Sebastián. Al espacio local en que centra su trabajo, la autora acude preocupada por cuestiones muy relevantes de índole más amplia, de modo que la reconstrucción del sistema de acción social vigente en la provincia en esta época aporta también claves de comprensión a otros aspectos de la historia general: sobre la condición obrera, sobre las elites políticas, en especial las comprometidas con el movimiento de reforma social (resulta muy interesante su análisis de las figuras de Orbe o de Balbás), o, por ejemplo, sobre los problemas institucionales que preparan el debate sobre el Estatuto de Autonomía del País Vasco en la IIª República.

Escrito en un tono prudente y mesurado, con empirismo esclarecedor y sin sucumbir a la reciente fascinación de muchos historiadores españoles por las teorías totalizadoras del *control social*, el libro de Ascensión Martínez constituye un magnífico testimonio sobre los diversos caminos que siguió la formación del Estado social en España. El resultado que nos presenta su trabajo sobre Guipúzcoa es el de un sistema de acción social que presenta notables peculiaridades respecto de lo que ya conocíamos sobre otras provincias españolas. Gracias esencialmente a su concierto económico, esta provincia foral dispuso de unos poderes públicos con recursos suficientes como para financiar una red benéfica y de previsión muy rica, aunque incapaces también de evitar que algunos problemas, como la atención sanitaria o las crisis de trabajo, tendieran incluso a agravarse con el tiempo. Especialmente significativo de la excepcionalidad guipuzcoana resulta, por ejemplo, el origen público de las Cajas de Ahorro, frente al carácter particular de la mayoría de las españolas.

Mariano Esteban de Vega.

LARRINAGA, Carlos et alii.

El Fuerte de San Marcos de Rentería.
Ayuntamiento de Rentería, 1995.

La obra que presentamos constituye toda una novedad historiográfica, ya que por primera vez se realiza un libro consagrado a un fuerte militar de finales del siglo XIX. Sí son más abundantes los estudios centrados en este tipo de enclaves para los siglos de la Edad Moderna y para las primeras décadas del siglo XIX, pero no para la Restauración, momento fundamental, según apunta el autor, para la reestructuración de la defensa nacional, en especial en la vertiente española del Pirineo. Ahora bien, esto no debe hacernos pensar que estamos ante un libro de historia propiamente militar. Carlos Larrinaga ha sabido ir más allá introduciendo otra serie de elementos que le distancian

sensiblemente de esa rama de la historia. Desde este punto de vista, tampoco es un libro centrado exclusivamente en el fuerte, aunque ciertamente es el tema estrella. En efecto, dividido en dos partes, en la primera de ellas, titulada "Estudio histórico del Fuerte de San Marcos", el autor aborda aspectos tan interesantes como la situación política y económica de Guipúzcoa durante la Restauración y la organización militar de la frontera en esa provincia, articulada en el denominado Campo Atrincherado de Oyarzun. Esta constituye, sin lugar a dudas, la gran aportación de este trabajo, ya que se analiza con sumo rigor los pasos dados por la Superioridad para determinar las distintas líneas que habían de proteger el paso fronterizo del Bidasoa, el más fácil de los Pirineos, de un posible ataque francés.

La segunda parte sí está completamente dedicada al fuerte de San Marcos, el primero en construirse dentro del Campo Atrincherado de Oyarzun y una auténtica joya de la ingeniería militar española de finales del siglo pasado. En ella se recogen los documentos 1º y 3º de la memoria definitiva del fuerte realizada por el capitán Luis Nueva Quiñones, acompañándose además de varias reproducciones de planos de la época realmente interesantes. Como lo son también el plano y las fotos a color que ilustran el libro, el cuadro cronológico presentado y la bibliografía trabajada.

Por todo ello pensamos que este trabajo, pese a su carácter provisional, constituye una publicación básica para el conocimiento de la defensa militar española del período de la Restauración.

Sergio Riesco Roche.

RABATÉ, Jean-Claude.

1900 en Salamanca. Guerra y Paz en la Salamanca del joven Unamuno.
Salamanca, Eds. Universidad, 1997.

Desde hace algunos años, los historiadores han renovado la visión tradicional de

las pequeñas y medianas ciudades españolas del interior en el período que precede a la IIª República, cuando —como es bien sabido— se produjo en ellas un notable proceso de urbanización y dinamización de la vida social. Para el caso de la Salamanca de la Restauración, resulta ya insostenible la imagen tantas veces repetida de la ciudad levítica y provinciana, de un espacio sin historia sumido en la inmovilidad y el arcaísmo, consecuencia necesaria del estancamiento demográfico y del atraso económico.

Por el contrario, hoy conocemos muy bien que en la Salamanca de fin de siglo se registraron importantes novedades urbanísticas y se asistió igualmente a considerables tensiones sociales e ideológicas. Así, en la ciudad tiene lugar una cierta renovación de sus infraestructuras: la apertura de la Rúa Mayor, la incorporación de la Alamedilla como jardín urbano; los comienzos de la instalación de la luz eléctrica, la inauguración de un nuevo Matadero, el comienzo de las obras de construcción del Mercado Central, etc. Desde finales de los años 80, se va creando también un primer espacio de sociabilidad obrera, en versiones mutualistas, culturales o recreativas, y generalmente cercanas al republicanismo político. Al final del invierno de 1898, en vísperas de la guerra contra los EE.UU., se produce incluso una importante movilización social contra la escasez y la carestía del pan. Y finalmente, desde un punto de vista ideológico, la ciudad presencia una fuerte ofensiva católica en la que la Iglesia irrumpe agresivamente en la sociedad e incluso en la política local, provocando fuertes enfrentamientos con los sectores ideológicos liberales.

1900 en Salamanca proporciona argumentos adicionales a esta nueva visión. Desde un punto de vista histórico, su principal aportación reside en poner de manifiesto que, en Salamanca, como en otros lugares de España, la crisis del 98 sirvió como elemento dinamizador de la sociedad, y que en los años inmediatamente posteriores a la misma (sobre todo 1899 y 1900) se asiste a la aparición entre los arte-

sanos y obreros salmantinos de un notable movimiento asociativo, incluidas algunas sociedades de resistencia organizadas al nivel del oficio, al planteamiento de algunas huelgas (de curtidores, de panaderos, de tipógrafos), a la creación de la Federación Obrera de Salamanca como centro que reúne a las nuevas corporaciones obreras, a la aparición de las primeras organizaciones socialistas tras las dos visitas de Pablo Iglesias a Salamanca en 1900, a la formación de la sección salmantina del grupo “Germinal”, etc.

El libro de Jean-Claude Rabaté constituye, por otro lado, un buen ejemplo de la inigualable capacidad evocadora de la prensa como fuente histórica, de sus potencialidades como instrumento de recreación e incluso visualización del pasado. En muchas ocasiones, la lectura de esta obra, que ha hecho un uso intensivo de la abundante prensa salmantina de la época, introduce de lleno al lector en esa “señora de gran nobleza a la que huelen los pies”, donde no existe una red de agua y alcantarillado y los cerdos siguen transitando por las calles, así como en sus ferias, fiestas y espectáculos públicos, y en especial en los toros, el carnaval y el teatro; y, desde luego, permite conocer de cerca a las personalidades más relevantes de una ciudad y un Claustro universitario en cuyas batallas políticas e ideológicas el joven Unamuno, tras su llegada a Salamanca en 1891, irrumpe enseguida con estruendo.

Mariano Esteban de Vega.

LUIS MARTIN, Francisco de.

Historia de la FETE (1909-1936).

Madrid, Fondo Editorial de Enseñanza, 1997.

Las sistemáticas incursiones del profesor De Luis Martín en la historia de las ideas y prácticas educativas del socialismo español han dado como fruto exhaustivos trabajos (*La cultura socialista en España, 1923-1930; Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940...* entre otros) en cuya elaboración

se fue sin duda gestando el que ahora reseñamos. Conocedor privilegiado de las fuentes primarias y secundarias relativas al campo referido, los análisis sobre las Internacionales Obreras de la Enseñanza o sobre la actuación de la FETE en los campos de refugiados del sur de Francia inmediatamente después de la guerra civil —cuestiones ambas contempladas en el último de los trabajos citados— preludiaban el tratamiento específico de un ámbito tan inexplorado en nuestra historiografía como el del sindicalismo docente en general y socialista en particular. La monográfica atención que se presta al tema en el trabajo que nos ocupa es sin duda un motivo de satisfacción tanto para quienes se interesan por la historia de las organizaciones sociales y políticas como para quienes trabajamos, desde la historia de la educación, el desarrollo de los procesos de profesionalización docente en sus distintas vertientes.

El autor reconstruye la gestación de una organización de enseñantes —primitivamente la Asociación General de Maestros, después FNTE y posteriormente FETE— vinculada ideológicamente al socialismo y orgánicamente a una central sindical obrera (la UGT), en clara confrontación con las corrientes dominantes en la época entre los docentes, más proclives al societarismo profesional. La historia de la organización (su proceso de maduración orgánica, las propuestas pedagógicas y profesionales que va articulando, sus relaciones con las organizaciones internacionales de enseñantes...) va desentrañándose y exponiéndose en dependencia directa con la política educativa desarrollada en las distintas fases estudiadas e igualmente en interrelación con los comportamientos del resto de las organizaciones del profesorado. Las fuentes inéditas (documentos de las Fundaciones Largo Caballero, Pablo Iglesias y Archivo Histórico Nacional —Sección Guerra Civil—) junto con las hemerográficas (*El Socialista* y, sobre todo, *Trabajadores de la Enseñanza*) son exhaustivamente utilizadas, como no podía ser menos en un estudio tan carente de rotaciones previas.

La justificación que el autor hace en relación con las coordenadas cronológicas elegidas —desde la constitución del primitivo embrión de la organización en 1912 hasta la sublevación militar de julio de 1936— es sin duda convincente: la guerra supuso un brusco cambio en la trayectoria de la FETE y sus mutaciones serán muy profundas. En aras de la continuidad, se decide el corte. Y sin embargo habríamos celebrado la prolongación del estudio a la época en que justamente la FETE se convierte, junto con los sindicatos de enseñantes anarquistas, en una potente organización del profesorado con un papel central durante los tres años del conflicto. Estamos seguros de que el profesor De Luis cubrirá rápidamente esa laguna.

Aida Terrón Bañuelos

DE RIQUER, Borja.

El último Cambó 1936-1947. La tentación autoritaria.

Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997.

En su versión catalana, *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la guerra civil i el franquisme.*

Vic, Eumo editorial, 1996.

Aunque el título del libro (*El último Cambó*) haga pensar al lector que se encuentra ante la clásica biografía donde el individuo objeto de estudio constituye principio y final de cada una de las páginas que lo integran, la realidad resulta muy diferente. De hecho, Borja de Riquer utiliza como hilo conductor de su trabajo la figura del líder regionalista catalán, Francesc Cambó, para desarrollar aquello que en realidad propone el subtítulo del libro en su edición catalana (*La dreta catalanista davant la guerra civil i el franquisme*): un exhaustivo análisis de los diferentes sectores que integraban el catalanismo conservador en el periodo 1931-1947, concediendo el mayor protagonismo, por la lógica de su notable presencia social y electoral entre los sectores conservadores catalanes a lo largo del primer tercio del siglo XX,

a la Lliga Catalana (denominada Lliga Regionalista entre 1901 y 1933).

Ciertamente, uno de los aspectos destacables del libro, es que su autor ha superado la clásica y errónea valoración que identificaba toda la burguesía catalana y todos los sectores de la denominada *dreta catalanista* con la Lliga Catalana. Así, Borja de Riquer, aunque afirma que el partido dirigido por Cambó, durante el periodo 1931-1936, fue el más destacado representante de los círculos definidos como de *dreta catalanista*, no olvida que la Lliga hubo de disputar esa supremacía con la Dreta Liberal Republicana (el partido de Alcalá Zamora en Cataluña) o con los sectores católicos que hasta 1933 se encontraban en Acció Catalana o en Unió Democràtica de Catalunya. Es más, cuando Riquer se centra en el análisis estricto de la Lliga Catalana nos presenta no un partido monolítico con unos intereses definidos, sino un partido con múltiples sensibilidades y sectores que postulan diferentes estrategias políticas y organizativas.

Posiblemente, esta disparidad de intereses y estrategias explica, en gran medida, las múltiples contradicciones a las que se enfrentó la Lliga Catalana durante la Segunda República y la Guerra Civil. Sin embargo, la historiografía catalana ha reiterado sistemáticamente que las contradicciones de los regionalistas catalanes se centraron, a lo largo del primer tercio del siglo XX, en la dificultad de combinar sus aspiraciones autonomistas y su interés por preservar el orden establecido. Un primer ejemplo lo ofrece la actitud de la Lliga Regionalista ante la Ley de Jurisdicciones de 1906: contra ésta organiza, en 1906-1907, la Solidaritat Catalana (plataforma electoral cuyo objetivo es la reforma democrática del régimen alfonsino), pero la Semana Trágica de 1909 y el ascenso del republicanismo barcelonés la obligan a dar marcha atrás en sus proyectos reformadores y se recluye en una alianza con los sectores tradicionalistas, además de pedir a Antonio Maura una represión ejemplar contra los insurrectos de

julio de 1909. Actitudes similares adoptó ante la Asamblea de Parlamentarios de 1917 o durante la campaña autonomista de 1918-1919. Es decir, la tensión social se convertía en el elemento que conducía a la Lliga a renunciar a sus aspiraciones regeneracionistas democráticas. En este sentido, hay que entender el apoyo que ofrecieron los líderes regionalistas a Primo de Rivera en septiembre de 1923.

Sin embargo, las diferentes renunciaciones al ideario regeneracionista le valieron a la Lliga diferentes fugas, y no reducidas, de militantes de su partido, la mayoría pertenecientes a los sectores profesionales urbanos (algunos definidos, incluso, como republicanos) y a trabajadores de servicios de un intransigente nacionalismo radical y un notable radicalismo social (éstos se integrarían durante la Segunda República y la Guerra Civil en organizaciones comunistas como el Bloque Obrero y Campesino, el POUM o el PSUC). Un factor que demuestra que la Lliga no sólo fue un partido o una organización política al servicio de la burguesía industrial catalana.

Por lo tanto, las páginas del libro de Borja de Riquer (centradas fundamentalmente en el periodo 1931-1947) ofrecen el análisis de unos sectores políticos, sociales y profesionales que, aglutinados en torno al concepto *dreta catalanista*, afrontaron unas actitudes y unos debates políticos similares a las del periodo 1901-1923. En este sentido, la primera mitad del libro (los capítulos “Cambó y la Lliga ante la Segunda República”, “La Lliga Catalana ante la crisis de 1936”, “Revolución, persecución y huida”, “Cambó ante la Guerra Civil”, “Las actividades de propaganda política” —que refunde tres capítulos de la edición catalana— y “Los catalanistas de la Lliga y la zona “nacional”) pone de manifiesto cómo, fundamentalmente, los dirigentes de la Lliga (aquellos que no eran simples profesionales liberales, sino ya auténticos hombres de negocios) se pusieron al lado de Franco porque, como Primo de Rivera en 1923, suponía una opción de orden frente al peligro revolucionario.

Sin embargo, a diferencia de la dictadura primorriverista, la Guerra Civil iba a imponer una mayor definición política a algunos de los dirigentes regionalistas. Una razón se encuentra en el derramamiento de sangre que genera cualquier guerra y en el que se vieron inmersos, por ejemplo, las familias Tallada o Trias de Bes, cuyos hijos combatieron en el lado franquista, hasta el punto de perder la vida en el frente. Así, aunque el proyecto nacional de Franco era claramente centralista, el derramamiento de sangre entre los suyos condujo a algunos de sus miembros a aceptar un régimen dictatorial que, aunque centralista y anticatalanista, se definía por su exaltación católica, tema afín a muchos catalanistas conservadores, especialmente después de la represión anticlerical del bando revolucionario-republicano.

El final de la Guerra Civil y la adaptación o readecuación de los regionalistas catalanes en el nuevo estado nacional-católico es analizado en los dos últimos apartados “1939-1942: interinidad política y frustraciones” y “1943-1947: El intento de reconstruir la Lliga Catalana y de relanzar el movimiento catalanista”. En ambos apartados, Borja de Riquer vuelve a constatar la aparición de opciones y propuestas que ya habían surgido al final de la dictadura de Primo de Rivera, como la concreción de una opción monárquica potenciada en los años cuarenta por Ventosa i Calvell.

En definitiva, nos encontramos ante un estudio que tiene la virtud de superar los esquematismos y apriorismos (Lliga igual a burguesía catalana) que en su día había establecido, por ejemplo, Bernat Muniesa en *La burguesía catalana ante la II República española (1931-1936)* (Barcelona, Anthropos, 1985-1986). No obstante, el libro acaba haciendo excesivo hincapié en el papel de los dirigentes regionalistas y olvida el conjunto de una extensa base regionalista (no siempre afín a la Lliga), que aceptó el régimen franquista no sólo como una defensa del orden social, sino por su dedicación intensiva en la restauración de

las manifestaciones y liturgias católicas. En este sentido, existió en Cataluña una numerosa clase media intelectual y profesional que abogó por el franquismo y que, cuando éste se perpetuó y “solucionó” el problema social y religioso, le dio la espalda por sus connotaciones anticatalanistas. Unos núcleos, cuyos herederos nutrieron, en los años setenta y ochenta, las filas de UCD, UDC o CDC.

David Martínez Fiol.

SÁNCHEZ RECIO, Glicerio.

Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de origen e identidad de intereses.

Alicante, Instituto de Cultura Gil Albert, 1996.

En la abundante producción historiográfica de los últimos años sobre el franquismo, los estudios referidos al personal político ocupan ya un lugar muy significativo. La reciente consolidación de la historia regional y local ha permitido incluso un progresivo desplazamiento desde el interés inicial por quienes ocupaban la *cúpula* del régimen —ministros, procuradores en Cortes...— hacia el substrato político y social en que se cimentaba y sostenía: concejales, alcaldes, diputados provinciales, cargos de responsabilidad en el sindicato vertical, dirigentes locales del Movimiento, etc. Es a dichas capas bajas e intermedias del régimen —sobre quienes, señala Sánchez Recio, la aplicación del término “personal político” puede generar alguna confusión conceptual— a las que está dedicado este libro, que viene a ser, al mismo tiempo, síntesis de lo ya conocido y referencia conceptual y metodológica para nuevos trabajos.

Combinando el análisis nacional —a partir de datos extraídos sobre todo del Archivo General de la Administración— con ejemplos referidos a la provincia de Alicante, Sánchez Recio pone de manifiesto la diversidad ideológica y política que contenían los cuadros políticos intermedios del

régimen durante esta época; la incapacidad de la burocracia de FET y de las JONS para imponer la homogeneidad dentro del partido único, pese a sus esfuerzos por incorporar al régimen y al partido a personas sin antecedentes políticos destacados anteriores a 1936; y por último, los intereses y los valores —la recuperación del modelo social y económico prerrepblicano, la defensa de los principios religiosos...— que actuaron como factor de estabilidad y de continuidad del régimen franquista.

De este modo, en sintonía con una de las preocupaciones características de su autor, el libro aporta nuevos argumentos para una más correcta conceptualización de la dictadura de Franco. El franquismo, aunque se ajuste a algunas de las modalidades del *partido único*, se sitúa muy lejos del ideal de un régimen totalitario. La diversidad política de este personal intermedio confiere, en cambio, mayor valor como instrumento interpretativo del régimen franquista al concepto de *coalición reaccionaria*: es decir, un régimen de dictadura, que asumió en sus orígenes un objetivo restaurador, y que mantuvo durante toda su existencia la defensa de los intereses sociales, económicos, ideológicos y culturales de los grupos sociales más conservadores. Aunque esos intereses, principios y valores —concluye Sánchez Recio— se mantuvieron durante toda la existencia del régimen, la diversidad política fue aumentando desde finales de los 50, cuando el General Franco incorporó a las funciones de gobierno a los miembros del Opus Dei, decididos a utilizar el Estado franquista —que FET y las JONS habían concebido como un fin en sí mismo— como un instrumento para conseguir la modernización de la economía y la sociedad españolas. Ello no sólo aumentó la divergencia política dentro del régimen, sino también los enfrentamientos entre los distintos grupos integrados en aquél, de modo que a partir de entonces el principio de la lealtad a Franco fue el factor principal que contribuyó al mantenimiento del régimen franquista. En este sentido, la muerte

del dictador supondría la desaparición de este último recurso, permitiendo que la sociedad española buscara cauces políticos más adecuados a su nivel de desarrollo y afines a los países de su entorno.

Mariano Esteban de Vega.

PAREDES, Javier.

Félix Huarte, 1896-1971.

Madrid, Ariel Historia, 1997.

Que la biografía es un género historiográfico actualmente en boga nadie lo duda y la amplia producción biográfica, memorialista y prosopográfica de los últimos años avala esa realidad. La crisis de los metarrelatos, el auge de la etnología, la vuleta a una historia con sujeto, el individualismo metodológico, la nueva consideración de la voluntad humana como factor de cambio histórico, son algunos de los elementos que coadyuvan a explicar el “esplendor” de los relatos biográficos en nuestros días. Relatos que muy bien podrían caracterizarse por una nota de modernidad metodológica —quizá habría que hablar de “nueva biografía” como se habla de nueva historia política o de nueva historia social— consistente en la dependencia de los tradicionales y privilegiados modos eruditos —que, perfilados de otra manera, en absoluto deben ser abandonados— respecto a lo que cabría llamar contextualización biográfica, esto es, la íntima y dialéctica relación del biografado respecto a su época, en relación con la cual cumple el doble papel de agente y paciente, de persona que limitada por los “condicionantes estructurales y de coyuntura” contribuye al mismo tiempo a través de sus actos y decisiones a “cambiar las cosas” y en ese sentido a limitar o mudar aquellos condicionantes. El personaje —o los personajes— se convierte así en una atalaya privilegiada desde la que contemplar la realidad social, económica, política o cultural y la compleja y versátil relación entre el hombre y su tiempo.

El libro de Javier Paredes sobre el empresario navarro Félix Huarte es un buen ejemplo de todo lo que venimos comentando. El autor es un consumado experto en el género de la biografía histórica, como demostraron ya sus trabajos sobre Pascual Madoz y Serafín Olave y el amplio volumen, antecedente del que ahora comentamos, que titulado *Félix Huarte. Fuentes históricas* publicó en 1993 y donde se recogía el material —procedente en su mayor parte del archivo privado del constructor— que le sirvió de base para su investigación sobre el ilustre navarro. Ahora le llega el turno a la biografía, entendida, como el mismo Paredes señala, como restauración de la persona a través del ensamblaje de los muchos fragmentos que constituyen su peripecia vital dentro de un tiempo y de un espacio determinados. Para ello se sirve de todo tipo de fuentes, inéditas la mayor parte pero también impresas, de carácter privado unas y oficiales o públicas otras —sobre todo para la etapa en que Huarte fue vicepresidente de la Diputación Foral de Navarra—, contando en todo momento con el recurso a las fuentes orales —de familiares, amigos, empleados y “críticos”— y hemerográficas. Se podría afirmar que el autor lo ha visto todo, sin dejar de escudriñar cualquier testimonio o huella por pequeña que fuese al objeto de hacer un dibujo lo más figurativo y realista posible, alejado de cualquier tentación hagiográfica o subjetivista. Porque si bien en el personaje abundan y predominan las notas positivas —autodidactismo, tesón laboral, modernización empresarial, preocupación social, generosidad de trato, etc.— no se ocultan sus debilidades y equivocaciones.

Paredes no deja nada fuera de su investigación: familia, niñez, educación, trabajos, matrimonio, actividad empresarial, gestión económica, relaciones sociales, dedicación a la política, etc. Y todo ello desde un profundo conocimiento de la situación del país en general y de Navarra en particular, desde los años veinte hasta el final de la década de los sesenta, que sirve unas veces como telón

de fondo a la narración biográfica y otras como elemento empírico sobre el que se proyecta la conducta, el hacer, del biografado. Al final, emerge la figura de un hombre comprometido con su tiempo y con su vocación laboral y empresarial —ambos aspectos fueron indisolublemente unidos en Félix Huarte— a lo que sacrificaría otros muchos aspectos, incluida su experiencia política.

Javier Paredes ha conseguido trenzar un relato cuidado, de prosa clara y amena que hace su lectura más agradable, sin menoscabo de lo científico o histórico. De esta manera, narración y análisis se complementan perfectamente, sin sacrificio de ninguna de las partes y con evidente beneficio para el conjunto de la obra. El mimo con que se cuidan hasta los detalles aparentemente más insignificantes contribuye a dotarla de viveza aunque en ocasiones —las menos— pueda recargar artificiosamente el discurso distrayendo momentáneamente del nudo argumental o de la cuestión principal. Desliz éste propio y casi inevitable de este género historiográfico y que en el caso que nos ocupa hay que tomarlo “cum grano salis” en un libro bien escrito y apoyado en una rigurosa y densa investigación.

Francisco de Luis Martín.

BERNECKER, Walther L. et alii.

El peso del pasado: Percepciones de América y V Centenario.

Madrid, Verbum, 1996.

Transcurridos ya algunos años desde la fecha emblemática de 1992, comienza a ser posible una reflexión con suficiente perspectiva no sólo sobre el sentido y alcance de los fastos conmemorativos del V Centenario de la presencia española en América, sino también sobre las diferentes formas en que ésta ha sido recordada y conmemorada a lo largo de nuestra historia, y —desde luego— acerca de lo que todo ello nos dice sobre la cambiante percepción de nuestro pasado, tanto dentro como fuera de Espa-

ña. Este es uno de los objetivos que intenta cubrir el presente volumen, que recoge tres ensayos redactados por otros tantos destacados representantes del hispanismo en el ámbito germánico.

En el primero de ellos, titulado “El aniversario del ‘descubrimiento’ de América en el conflicto de opiniones”, Walther L. Bernecker analiza las reacciones surgidas al socaire de los preparativos de la efeméride. Por un lado, la visión oficial española y su progresivo deslizamiento desde la idea inicial de conmemorar el “descubrimiento” hasta la definitiva consolidación del término “encuentro”. Y por otro, las grandes líneas en torno a las cuales se desarrolla la polémica, haciendo hincapié en el fuerte peso de las argumentaciones religiosas e indigenistas. Sus conclusiones subrayan inteligentemente cómo las diferentes posiciones no sustentan primariamente el recuerdo de un acontecimiento histórico, sino que ante todo prestan contenido a proyectos sociales, políticos y existenciales diferenciados.

En “Voces y polifonías: escritores hispanos, percepción de América y V Centenario”, José Manuel López de Abiada, Catedrático de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Berna, centra sobre todo su interés en los escritos relacionados con el V Centenario publicados por los grandes autores literarios de habla hispana. En un amplio trabajo, en el que el equilibrio y la ponderación conviven con las adecuadas dosis de erudición, sorprende sin embargo

la ingenua afirmación del autor según la cual las voces de los escritores latinoamericanos y españoles, siendo según él las más cualificadas en la polémica sobre el V Centenario, habrían sido también las menos escuchadas.

Finalmente, Gustav Siebenmann, maestro de los hispanistas alemanes, estudia en “¿Cómo se celebraron los Centenarios de 1492 en Europa?” las primeras percepciones del evento desde Europa y la propia España, las fechas conmemorativas de los cuatro primeros centenarios y la “rebelión contra la historia” que ha desencadenado en algunos sectores la conmemoración del último. Especialmente interesante, en el plano indicado más arriba, resulta su análisis comparado de las conmemoraciones de 1892 —en pleno apogeo del imperialismo y del historicismo, que aseguraba un sentimiento de superioridad del Viejo Mundo frente al Nuevo y conducía a la glorificación de los triunfos nacionales— y de 1992, cuando la decisión española de desprenderse del viejo lastre de la leyenda negra fue contestada por una serie de movimientos intelectuales, izquierdistas y eclesiásticos, que en una mezcla de bien intencionada solidaridad hacia los indígenas y marginados y de antiimperialismo marxista esgrimieron una especie de “historia ética”, llena de anacronismos, según la cual la conquista sería el “genocidio” que abrió un período de quinientos años de expansión imperialista.

Mariano Esteban de Vega.